

Think tanks en Estados Unidos. El diseño de la política exterior,

de María Luisa Parraguez Kobek

Alejandro Domínguez Uribe*

Cuando los europeos llegaron a colonizar el actual territorio de Estados Unidos, los migrantes se asentaron en el Nuevo Continente con una serie de costumbres y tradiciones que les permitió fundar una sociedad liberal. De acuerdo con Alexis de Tocqueville, los protagonistas de los establecimientos de las Trece Colonias de Norteamérica arribaron en diferentes periodos. Todos tenían motivos y objetivos distintos para abandonar la Madre Patria. Cada uno se gobernaba según sus principios. Sin embargo, esos individuos compartían rasgos comunes que constituyeron el origen del Estado social de las democracias modernas.¹

La igualdad fue el principio cultural que transformó a Estados Unidos en una nación excepcional. Esta no tuvo que instituirse por la voluntad de los hombres. En las colonias angloamericanas surgió por las condiciones iniciales de quienes fundaron la nueva sociedad. La igualdad emergió por las siguientes circunstancias:

- 1) los inmigrantes hablaban la misma lengua;²
- 2) en su mayoría, los habitantes provenían de un pueblo común del que aprendieron las ventajas de utilizar un marco jurídico para dirimir las controversias. Además poseían una educación civilizatoria que consentía convenios de concordia;
- 3) los angloamericanos conocían el dogma de la soberanía popular, lo cual facilitó la fundación de una entidad política sin necesidad de apelar a un monarca;³
- 4) los inmigrantes poseían un carácter austero y razonador. Los conflictos religiosos de Inglaterra les enseñaron que la pasión por los idearios eclesiásticos precipitó únicamente inestabilidad y violencia;⁴

* Maestro y candidato a doctor en Estudios Políticos y Sociales por la UNAM. Profesor adscrito al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS-UNAM. Correo electrónico: uno23_31@hotmail.com

¹ Véase Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, pp. 55-77.

² *Idem.*

³ *Idem.*

⁴ *Idem.*

- 5) los colonos no tenían manera de hacer valer preceptos de superioridad, pues los aventureros compartían malestares similares: la pobreza y la desgracia. En este sentido, los primeros que arribaron a las Trece Colonias soportaron el pauperismo;⁵
- 6) en Estados Unidos no cristalizó la nobleza. La fuente de la aristocracia radicó en la indivisibilidad de la tierra. Asimismo, los cultivos demandaron el esfuerzo de cada propietario; por tanto, el suelo se fraccionó en pequeñas parcelas. Dicha circunstancia impidió la conformación de un señorío hereditario,⁶ y
- 7) el territorio en la joven nación era tan vasto que los primeros migrantes pudieron asumirse como dueños de la superficie que habitaron. Estos siete factores materializaron la igualdad en Estados Unidos y a partir de ella emanó el individualismo.⁷

Tocqueville señaló que en los pueblos aristocráticos las familias pertenecían unidas durante siglos. Los hombres respetaban a sus ancestros y en múltiples ocasiones sacrificaron sus intereses en favor de ellos. La nobleza mantenía los lazos entre los conciudadanos. Los estamentos eran inmóviles y cada uno conformaba una pequeña patria, aunque todos se mantenían unidos mediante una jerarquía que comenzaba con el rey y descendía hasta el aldeano. Cada estamento estaba vinculado entre sí por una serie de obligaciones sociales. A medida que las condiciones se igualaron, las personas encontraron que podían satisfacerse por ellas mismas sin deberle nada a nadie. Entonces consideraron que sus destinos no dependían de los otros. La igualdad hizo a los hombres olvidarse de sus abuelos y descendientes; en consecuencia, los sujetos se aislaron pues no percibieron la necesidad de establecer relaciones con los demás.⁸

Sin embargo, el individuo moderno se percató de la incapacidad para satisfacer sus ambiciones y requerimientos en solitario; debido a ello, buscó la colaboración de hombres con las mismas pretensiones particulares. De ahí emanaron las asociaciones.⁹ En Estados Unidos aparecieron con el fin de resolver problemas comunes en una época en la que no existía un gobierno centralizado capaz de solucionar los dilemas nacionales. Las asociaciones también fomentaron el desarrollo de empresas particulares y constituyeron la base de una activa participación política. De manera paradójica, esas asociaciones que servían a intereses individuales, con el

⁵ *Idem.*

⁶ *Idem.*

⁷ *Idem.*

⁸ *Ibidem*, pp. 466-469.

⁹ *Idem.*

paso de los años, se convirtieron en monopolios que obstaculizaron el desarrollo de los sujetos en sus distintas tareas. En el ámbito intelectual María Luisa Parraguez Kobek describió el comportamiento de las asociaciones de intelectuales estadounidenses conocidas como *think tanks*.

El libro de Parraguez analiza dos aspectos de la creación de la política exterior de Estados Unidos. El primero radica en el papel de quienes articulan las ideas sobre las que descansan las directrices gubernamentales estadounidenses, y el segundo trata las instancias corporativas donde los intelectuales generan la información que da consistencia a la política exterior de la potencia americana. Ambos procesos suceden al interior de los *think tanks*. Parraguez estipula que el término germinó a principios del siglo xx y sirvió para describir la manera en la cual el conocimiento de la élite intelectual de Estados Unidos influyó en las acciones militares de su ejército en la Segunda Guerra Mundial. El concepto se tradujo como “tanques de pensamiento”. Dichas organizaciones demostraron el valor utilitario de los intelectuales.

Hoy esas agrupaciones de pensadores procesan información con una metodología científica para brindar asesoría a la clase gobernante. Los expertos que laboran en los *think tanks* son académicos asalariados contratados por una estructura corporativa. Ésta les brinda recursos financieros y materiales para la concepción de políticas públicas.

En el Capítulo uno Parraguez explica los retos que Estados Unidos enfrenta en el siglo xxi y la manera en que diversos *think tanks* intentan incidir en el gobierno, proponiendo soluciones a esos retos. La autora señala que el crimen organizado, el terrorismo y el sabotaje cibernético constituyen las principales amenazas a la gobernanza global; en consecuencia, la potencia americana, como entidad política hegemónica, debe responder a estos problemas. Parraguez asegura que el *Project for the New America Century* (PNAC) conformó un centro de investigación neoconservador en 1997 que delineó la política exterior del presidente George W. Bush. El cometido del PNAC consistió en promover el liderazgo internacional de Estados Unidos como una superpotencia en un mundo unipolar. Ostentó una ideología neorrealista que aseguraba que la anarquía sólo podría dominarse si Estados Unidos participaba de manera activa en la política internacional. Washington requería identificar con claridad a sus enemigos y confrontarlos. George W. Bush y sus asesores promocionaron la libertad democrática y económica con el fin de resguardar los intereses de Estados Unidos en el nuevo siglo. Parraguez asegura que con el desmembramiento de la Unión Soviética, Washington se transformó en la capital de una hiperpotencia global cuyo himno de batalla constituyó la guerra contra el terrorismo. De acuerdo con este argumento, Estados Unidos no sólo adquirió la habilidad de dominar en términos militares al mundo, sino que también obtuvo los recursos para controlar la ideología y la industria cultural.

En este primer capítulo se debaten las posturas teóricas de los intelectuales más

representativos de la teoría de las élites, como C. Wright Mills, Imanuel Wallerstein y Robert Dahl. Así, la autora explica los mecanismos mediante los cuales los académicos, las universidades, el ejército y las empresas privadas entrelazan sus intereses con el gobierno. De ahí que estos sectores sociales han definido, en contubernio, la política exterior de la potencia americana. Parraguez afirma que en Estados Unidos operaban 6 618 *think tanks*. De ellos, en su territorio eran vitales 1 830 para la articulación de la política exterior estadounidense. Estas agrupaciones de asesores están cargadas de ideología puritana y deseos de volver realidad el Destino Manifiesto.

En el Capítulo uno se realiza una distinción importante entre *lobbying groups* y *think tanks*. Los primeros obedecen a grupos de presión cuyo fin radica en hacer que un funcionario promulgue una ley favorable a su causa. Los segundos varían en tamaño, número de investigadores, presupuestos, presencia en los medios y grado de involucramiento con la élite gobernante. Los *think tanks* tienen como objetivo posicionar agendas; además, asesoran directamente al aparato gubernamental en el diseño de directrices gubernamentales.

En el Capítulo dos se explica que no existe una definición exacta de los *think tanks*, pero algunos especialistas los han descrito como cerebros imperiales, grupos de discusión en materia de políticas públicas, institutos de investigación y organizaciones de planeación de gestión gubernamental. En este apartado Parraguez describe la manera en la cual trabajan estas entidades. Dichas asociaciones estipulan un precio por una serie de informes. Los investigadores que laboran en ellos tienen mayor libertad de expresar sus opiniones debido a que no se encuentran en la estructura burocrática. Su personal no tiene por qué dedicarse a la docencia. Debido a su administración corporativa se ubican a distancia de la academia, en específico, en un punto intermedio entre ésta y el gobierno. Los *think tanks* organizan sus operaciones como asociaciones sin fines de lucro, lo cual los vuelve atractivos para inversionistas y grandes funcionarios. Dichas corporaciones no pueden apoyar a ningún partido político. Además, su finalidad, de acuerdo con su registro, descansa en la promoción del bien social. Un *think tank*, a pesar de no ser un grupo de cabildeo, puede desempeñar esa actividad dentro de ciertos límites.

En el resto del capítulo se argumenta que con el auge de la globalización han aumentado exponencialmente los *think tanks*. Dos terceras partes de éstos alrededor del mundo fueron instituidos una vez finalizada la Guerra Fría. Los especializados en política exterior fungen como asesores prioritarios de los gobiernos. Los miembros de dichas organizaciones aspiran a impactar en la formulación de las disposiciones públicas. La parcialidad y neutralidad de sus informes son cuestionables. Normalmente los intelectuales que forman parte de los *think tanks* escriben en periódicos o revistas, dan entrevistas para los medios masivos y asesoran a candidatos a puestos de elección popular. A su vez, entrenan a nuevos miembros

del congreso estadounidense. La mayoría son interdisciplinarios. Contratan entre 15 y 20 especialistas en distintas áreas del conocimiento. Además, tienen manera de extraer fondos del mundo privado y gubernamental. Algunos llenan el vacío entre la academia y la administración pública. Muchos sirven como refugio de gobiernos en exilio en donde se albergan los colaboradores de los contendientes electorales derrotados. También reflejan temas, intereses y valores de la sociedad civil en las agendas de investigación.

En el Capítulo tres Parraguez describe los cinco periodos en los que se dividió el desarrollo de los *think tanks*. El primero de ellos inició entre 1900 y 1945 y fue patrocinado por filántropos y empresarios con una ideología idealista y conservadora. De esta manera, grandes dirigentes del capital privado, como Margaret Olivia Sage, Andrew Carnegie y John Rockefeller crearon fundaciones millonarias que promovían intereses sociales. Estos hombres financiaron la filantropía científica estadounidense. Los empresarios tenían gran fe en que la ciencia y la razón resolverían los problemas de la humanidad. Tres importantes fundaciones destacaron en este lapso: Carnegie Foundation, Russell Sage Foundation y Rockefeller Foundation.

El segundo periodo de los *think tanks* sucedió entre 1945 y 1970. Las asociaciones más emblemáticas de esta etapa fueron la RAND, The Aspen Institute, Resources for the Future, el Foreign Policy Research Institute, The Hudson Institute, The Center for Strategic and International Studies, The Institute for Policy Studies y The Urban Institute. Esta etapa se caracterizó por el crecimiento de redes de investigadores, asesores del gobierno y el entrelazamiento de vínculos entre la universidad y la administración pública. De acuerdo con Parraguez, los *think tanks* influyeron en la firma de la Carta de Naciones Unidas, la decisión de dejar caer la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, la Doctrina Truman, el Plan Marshall y el establecimiento de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Cuando Dwight Eisenhower ganó la presidencia de Estados Unidos, los *think tanks* conservadores delinearon una política exterior legalista, moralista, antisoviética. Las directrices de la potencia americana al exterior de su país intensificaron la Guerra Fría. Los *think tanks* asesoraron a los gobiernos en el manejo de los conflictos geopolíticos de la época.

El tercer periodo de desarrollo de las corporaciones de pensadores surgió durante el conflicto armado de Vietnam, la crisis energética de 1973, la destitución del presidente Richard Nixon, la invasión soviética a Afganistán en 1978 y la crisis de los rehenes en Irán entre 1979-1981. En esta época, los *think tanks* trabajaron en la estructuración de una política exterior ajena al conflicto bipolar. Sin embargo, no por ello las asociaciones de intelectuales cambiaron su conservadurismo. La caída del *Shah* en Irán, la crisis del petróleo y la victoria del movimiento sandinista en Nicara-

gua motivaron la realización de recomendaciones de enfoque realista a los encargados de la política exterior estadounidense. La seguridad militar tuvo prioridad en este momento histórico; en consecuencia, aparecieron *think tanks* preocupados por cuestiones de estrategia bélica como el Center for Defense Information (1972), The Heritage Foundation (1973), el Center for International Policy (1975), el Pacific Research Institute for Public Policy (1979) y el Claremont Institute (1979).

Parraguez denomina al cuarto periodo “década del deshielo”. De acuerdo con la autora, comenzó con la presidencia de Ronald Reagan y el fomento de la guerra de las Malvinas, la invasión estadounidense a la isla de Granada, el caso Irán-Contra, la caída del Muro de Berlín y la incursión militar de Estados Unidos en Panamá. Los *think tanks* más representativos de ese momento fueron el National Institute for Public Policy (1981), el American Foreign Policy Council (1982), el National Center for Policy Analysis (1983), el Pacific Research Institute (1987) y el Center for Security Policy (1988).

El quinto periodo inició con la disociación de la Unión Soviética y la consolidación de la hegemonía de Estados Unidos. Francis Fukuyama y Samuel Huntington brindaron un panorama del conservadurismo intelectual de la potencia americana en la época. Los *think tanks* adaptaron sus recomendaciones al nuevo mundo unipolar donde Estados Unidos asumió su papel de guardián del orden internacional. Con la anuencia de numerosas asociaciones de intelectuales, dicho país se inmiscuyó en operaciones militares en Panamá, Somalia, Haití, Bosnia y Yugoslavia.

Por otra parte, en el Capítulo 4 Parraguez estipula que el perfil del intelectual estadounidense es el de un sujeto dedicado al cultivo del conocimiento mediante la reflexión crítica y la aplicación sistemática del razonamiento. Un estudioso capaz de formular juicios y conceptos con argumentos lógicos y concretos. Sin embargo, el intelectual estadounidense no representa a un sabio, tampoco a un erudito, sino a un personaje público o mediático que analiza temas de interés general a través de los medios de información. Dicho individuo está íntimamente relacionado con el Estado y se desenvuelve en un entorno en el que predominan los intereses económicos, políticos y sociales de los empresarios, tecnócratas y funcionarios públicos.

De acuerdo con Parraguez, en Estados Unidos existe una demanda corporativizada de analistas políticos capaces de fortalecer la estructura gubernamental y la práctica lucrativa del sector privado. En Estados Unidos se confía más en los *think tanks* que en las universidades. Parraguez cita a Russell Jacoby en su libro *Los últimos intelectuales* (1987) para asegurar que ha desaparecido el gran pensador individual: el intelectual especializado o público lo reemplazó. Esto produjo un vacío cultural en la sociedad estadounidense. Los académicos de hoy, profesores,

técnicos, consultores y medios dedicados a la alta tecnología se apoderaron de la vida intelectual estadounidense.

Hoy, los jóvenes estudiosos no buscan un acercamiento con las masas, sino que prefieren dialogar únicamente entre colegas y audiencias especializadas. Esto los ha excluido del mundo real, local e internacional. Los jóvenes e intelectuales que han protestado en contra de este fenómeno son ignorados. El espacio público no se encuentra abierto para ellos. Los intereses corporativos obedecen sólo a los medios de comunicación. La especialización y profesionalización de los intelectuales causó la pérdida de la vida pública y el alejamiento de la sociedad civil de la política.

Un letrado estadounidense moderno necesita sacrificar tiempo, recursos y prestigio durante su formación. Además, está sometido a producir y enfrentarse a emprender una carrera como instructor en distintas universidades, servir de asesor en la toma de decisiones gubernamentales o convertirse en un analista de los *think tanks*. Muchas veces precisa realizar en conjunto esas tareas si desea sobrevivir de forma decorosa. Al mismo tiempo, su trabajo debe ceñirse a la lógica del rigor científico y la coherencia metodológica de las demostraciones empíricas. Las corporaciones le imponen las reglas para el desempeño de la actividad profesional como pensador. Parraguez asevera que dicho proceso atenta contra el espíritu de la democracia liberal, donde el individuo era el centro del sistema social y no el instrumento del Estado que, junto con los intereses privados, estableció los criterios de desarrollo intelectual en las universidades y centros de investigación de la potencia americana. De esta manera, los *think tanks*, en contubernio con los claustros educativos, condicionaron a los académicos a servir a los intereses de la élite en el poder. Las grandes corporaciones dedicadas a la asesoría construyen la carrera de los intelectuales especializados según los criterios empresariales y gubernamentales.

A pesar de estas circunstancias que dificultan las actividades de los pensadores, también existe una serie de ventajas para quienes pertenecen a un *think tank* en Estados Unidos. Por ejemplo, los analistas pueden desarrollar un tema de investigación de interés personal con enorme cantidad de recursos. Las compañías les proporcionan información privilegiada, contactos con otros investigadores, viajes al extranjero y acceso a un acervo bibliohemerográfico difícil de conseguir de forma individual. También cuentan con un generoso capital financiero, una red amplia de mercadotecnia y medios en los cuales difundir los resultados de las investigaciones. Al mismo tiempo, la proyección internacional se vuelve parte de las recompensas.

En conclusión, Parraguez explica que esta forma industrial de producir conocimiento no puede convertirse en el paradigma de la investigación. Es indispensable encontrar alternativas concretas a la dinámica taylorista de crear informes y análisis sociales o políticos. Muchos jóvenes brillantes de diferentes partes del mundo

migran a Estados Unidos porque los *think tanks* los reciben e insertan en el sistema corporativo de producción de asesores; por tanto, otros países han tratado de emular la fórmula estadounidense de manufactura de analistas gubernamentales. Sin embargo, de continuar imitando esta forma de generar conocimiento, no habrá espacios para la iniciativa individual, la innovación, la creatividad y la comprensión de realidades diversas al modelo hegemónico cultural de Estados Unidos.

María Luisa Parraguez Kobek, *Think tanks en Estados Unidos. El diseño de la política exterior*, México, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey/Porrúa, 2006, 173 pp.